

Tintero

Periodismo para la Historia

Álvaro Matute

Al igual que en el caso de don Daniel Cosío Villegas, don José C. Valadés murió hace cuarenta años. Vidas más divergentes que paralelas, los dos son recordados como los historiadores que acometieron en serio la historia del tiempo porfiriano, a la vez que destacaron por su excelente desempeño periodístico. Prácticas distintas: Cosío Villegas fue un gran editorialista especialmente durante las presidencias de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría; Valadés fue reportero, entrevistador y articulista, desde los tiempos de Calles hasta los de Ávila Camacho e inicios de los de Alemán. Parte de esa práctica periodística fue desarrollada en sus exilios angelinos, en los que colaboró, por invitación de Regino Hernández Llergo, en *La Opinión*, de Los Ángeles y, por extensión en *La Prensa*, de San Antonio, periódicos publicados en español, consumidos por los habitantes mexicanos de esas ciudades con alta densidad demográfica nuestra. Prensa impulsada por Ignacio L. Lozano, responsable de la edición de esos espléndidos repositorios para el conocimiento de la historia coetánea a la Revolución y posrevolución mexicanas. Valadés hizo sus armas periodísticas en esa prensa de y para el exilio y, ya consolidado, la continuó en las principales revistas mexicanas, una vez radicado en la Ciudad de México. Sus artículos, reportajes (de historia inmediata) y entrevistas, así como recuperación de páginas ajenas a las que dio cabida en su auténtico periodismo de investigación, le dieron un conocimiento privilegiado de lo que acababa de suceder y de lo que seguía sucediendo.

Para evitar a los interesados la búsqueda directa o a través de medios electrónicos de tan amplia labor, el Instituto



José C. Valadés

Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) publicó entre 2006 y 2011 tres volúmenes en siete tomos con la reunión de todos sus artículos, reportajes, entrevistas y textos ajenos recuperados por él para sus investigaciones periodísticas. El total en páginas es de 4,435, a las cuales habría que restar sólo unas pocas, debidas a los prólogos de Friedrich Katz, Javier Garciadiego y el autor de estas líneas, además de una breve semblanza de don José a cargo de Roberto Espinosa de los Monteros. Los siete tomos, alineados, abarcan 27 centímetros de longitud.

Los extremos van desde el porfirismo medio (la Santa de Cabora y la rebelión de Tomóchic) al final del avilacamachismo. Hay, como escribió Garciadiego, una suerte de *visión de los vencidos*, ya que los entrevistados en el exilio fronterizo eran los derrotados que habían ido *al otro lado*, y desde ahí hablaban de sí mismos o de personajes caídos cercanos a ellos. Con este rico material se documenta un mentís a quienes repiten que la historia la escriben los vencedores. Puede que lo hagan, pero la de los vencidos gana en autenticidad. Ya en sus trabajos hechos en México, de cualquier manera Valadés no deja a un

lado la búsqueda de lo que aconteció con muchos de los que perdieron.

La riqueza que da la lectura de esas páginas es que no se trata de elaboraciones historiográficas hechas con los cánones académicos, sino con la agilidad de lo que se puede leer en la prensa diaria. Los siete tomos del INEHRM son efectivamente enormes, pero una vez dentro de ellos la lectura fluye, como si se estuviera en la sobremesa del desayuno. Las historias de Valadés van de un lado a otro enriqueciendo el saber acerca de lo acontecido, la mayoría de las veces a partir de las voces de quienes estuvieron ahí. Desde el mirador de hoy, son un regreso al punto de partida. Las historias se recuperan para insertarse en sus respectivos cauces.

¿Cómo no iba Valadés a redactar una historia general de la Revolución mexicana con todo lo que sabía? Pero si se examina el material en que se apoya cuando lo hizo, este rebasa, con mucho, sus propios trabajos. Su saber empírico sobre los tiempos narrados es inconmensurable. El privilegio de Valadés radica en haber vivido buena parte de lo historiado, o mantenido relación con sus actores. Pocos como él, ya que a diferencia de muchos de los que escribieron sobre sus acciones, él sólo era testigo, la mayoría de las veces distante, de los acontecimientos. Eso le hace ganar en credibilidad, sin menoscabo de los grandes memorialistas, pero con algunos tramos de ventaja.

Su vida no está en el enorme cúmulo de las páginas escritas. Para ello resulta deseable una nueva edición de sus *Memorias de un joven rebelde*, publicadas en Culiacán, y de las que conocí un adelanto, al poco tiempo de su muerte, en las páginas de esta, nuestra *Revista de la Universidad de México*. **U**